

Es incorrecta la referencia acerca de la refinación de la sal, pues esta se sometía a un proceso de desecación o evaporación en forma de «panes» o bloques. Para tal fin, se utilizaron vasijas de forma semicónica de grandes dimensiones (*gachas*), en las cuales se vertía el aguasal y por medio de calor se lograba evaporar, hasta obtener la sal sólida.

Así mismo, el plátano no es autóctono de América, es de origen asiático; el cacao es de origen centroamericano mas no del territorio muisca-guane; los dátiles no son de origen americano. El coco fue traído de África a América para alimentar a la población negra sometida a la esclavitud, dentro de una empresa que se implementó en todas las Antillas, el Caribe y el territorio colombiano inclusive.

Se confunden los viajes de descubrimiento de Cristóbal Colón (1492 - Siglo XV) con las incursiones de la conquista al interior del territorio y el sometimiento de la población indígena durante la colonia (1536 - Siglo XVI).

Es pertinente, en cuanto al origen del trabajo textil, la cita de Alvaro Chaves Mendoza acerca de los juncos que crecen al borde de las lagunas. En todo el territorio muisca existen lagunas alrededor de las cuales crecen juncos, aún en los tiempos actuales se siguen fabricando esteras, canastos, adornos y distintos artículos elaborados con juncos que crecen en los alrededores de la Laguna de Fúquene.

En el texto se retoman los planteamientos del evolucionismo unilineal, que describe los procesos sociales desde una perspectiva secuencial y supone estadios superiores de desarrollo como consecuencia de logros anteriores sin los cuales hubiera sido imposible llegar a formas más complejas de organización social. De igual manera se retoman los principios del materialismo cultural.

La bibliografía sobre textiles es buena y sirve como base para el investigador que desde la Antropología o disciplinas afines quiera acer-

carse a la urdimbre y a partir de allí empezar a tejer la intrincada red de relaciones sociales que se desenvuelven en su alrededor. Hacen falta las citas de los textos introductorios, que si bien presentan una reseña con una visión general sobre muiscas y guanes, no permiten del todo acercarse a las fuentes originales.

A través de la lectura del libro de Gladys Tavera y Carmen Urbina se logra penetrar en la trama de las fibras que ocuparon a muiscas y guanes en labores y trabajos cuyos vestigios reflejan la práctica de una tradición cultural ancestral, una fuente de sustento, de intercambio y un mecanismo de diferenciación social. Este trabajo, así como los de Marianne Cardale, Emilia Cortés y Galarza, van conformando un corpus de información sobre el tema de los textiles prehispánicos muiscas y guanes, que junto con la información disponible sobre otras zonas como la de Nariño, permiten profundizar y llegar a conclusiones sobre el arte textil en general y sus particularidades según la zona a la que pertenecen los vestigios.

Adriana Muñoz Hoyos
Alvaro Botiva Contreras

Somos Bari

HORTENSIA GALVIS
PRESENCIA, BOGOTÁ, 1995.

Hortensia Galvis es pianista de profesión, pero a la vez ha desarrollado tareas como escritora, especialmente en el diario *Vanguardia Liberal* de Bucaramanga. Posteriormente allí, y a raíz de un incidente de persecución racial contra algunos Bari residentes en un inmueble, logró conocer a Bruce Olson y de esa experiencia surgieron su interés por la cultura indígena Bari, del Catatumbo, y su admiración por la labor de Olson entre ellos.

En la obra, Hortensia Galvis recoge varias narraciones ofrecidas en español por varios nativos que además de ser bilingües, se han podido educar fuera de su territorio, en colegios y universidades de los blancos, con el apoyo y entusiasmo de Bruce Olson.

Tal como ella lo asegura, algunas narraciones son fruto de experiencias reales, que efectivamente ocurrieron: «que son fiel copia de las experiencias que yo oí de boca de quien las vivió» (p. 12). Otras utilizan personajes ficticios, pero todas tienen el objetivo de dar a conocer muchas tradiciones sociales, económicas y religiosas de los Bari con la intención de reivindicar ante quienes no son indígenas, la cultura de esta etnia que se debate entre fuerzas disolventes como los petroleros, las misiones religiosas y los colonos.

Efectivamente, no se puede negar que las narraciones constituyen documentos etnográficos que presentan normas culturales Bari arraigadas en la tradición. En tal sentido merecen destacarse las menciones a los espíritus *Chigbar*, las sesiones competitivas de canto, las ideas y los rituales mortuorios, entre otras cosas. Sin embargo, un antropólogo hubiera querido saber más sobre la organización social y el parentesco, a los cuales no se les concede mucha atención en el libro.

Las referencias a los procesos de cambio cultural adquieren bastante interés porque son testimoniales y poseen el valor de aceptar que los Bari también han tenido iniciativas de civilizarse, especialmente por parte de los jóvenes. Pero fuera de ese reconocimiento, el discurso sobre los agentes aculturadores—estado, colonos, misioneros— y sobre el mundo occidental, es tremendamente agresivo, a veces insultante. Y aunque uno pueda entender que los Bari, al igual que las demás minorías étnicas de origen americano, tienen suficientes motivos para mostrar resentimiento contra «los blancos», lo que no adquiere claridad es por qué se responde de la misma manera que se critica. Son los mismos estereotipos y adjetivos que las monjas y los co-

lonos usan contra el indio, pero dirigidos a los blancos. Y hasta a los antropólogos, por no asumir un verdadero compromiso, por prometer y no cumplir e incluso por decir mentiras.

En el libro se percibe una gran frustración y un intenso dolor de los narradores, especialmente porque no le conceden nada positivo a los que no son Bari —excepto los Lamas del Tibet y Bruce Olson. Pero surge la gran contradicción: el mundo de los blancos está penetrado por el mal pero los que han aportado las narraciones hablan el idioma de esos blancos y han salido a estudiar a sus escuelas y universidades y viven en sus ciudades. ¿Será que los testimonios expresados así están revelando la profunda crisis de identidad que sufren estos Bari que están estudiando por obra y gracia del señor Olson?. Es posible, pues siempre él aparece como su redentor y sin embargo es quien los ha llevado a que conozcan la podredumbre del blanco y se contagien de ella en Bucaramanga y Nueva York.

Por lo tanto, como documento sobre cambio cultural el libro peca por contradictorio y el lector se desorienta, pues no sabe si las fuentes que recoge Hortensia son individuos con conciencia Bari supérstite o personas sin identidad Bari pero arrepentidos de haberla perdido.

¿Y Olson? Es el héroe del libro. El único blanco bueno, pero no logramos saber cómo son compatibles su bondad e interés por preservar la cultura Bari con los entusiasmos por sacar jóvenes a estudiar en ciudades alejadas de la selva del Catatumbo, donde nadie habla Bari. Tampoco sabemos si es lingüista, antropólogo o de pronto misionero, o un poquito aficionado a todo ello.

Valdría la pena que este libro estimulara futuros estudios, incluso llevados a cabo en asocio con los Bari menos aculturados sobre su cultura y situación actual, para cotejarlo con el reseñado aquí.

Jorge Morales Gómez
Universidad de los Andes